

Tras el fracaso de las grandes teorías. ¿Qué será del Tercer Mundo?*

Menzel, Ulrich

Ulrich Menzel: Politólogo alemán, catedrático de la Universidad Técnica de Braunschweig.

Desde hace unos diez años, la propiedad del concepto 'Tercer Mundo' ha sido cada vez más cuestionada por innumerables autores, pero sólo los decisivos años 1989-1991, con sus consecuencias todavía no del todo previsibles, han puesto en claro la verdadera carga explosiva de ese cuestionamiento. El significado del concepto «derrumbe del Tercer Mundo» no se relaciona únicamente con el desmoronamiento del orden estatal - hacia adentro y hacia afuera - que se puede observar en muchos lugares, se relaciona en idéntica medida con las posibilidades colectivas de imposición de las demandas del Sur.

Las revoluciones cambian el mundo. Doscientos años después de la Toma de la Bastilla esta frase no ha perdido en nada su actualidad; pero ellas también modifican las perspectivas desde las cuales es posible contemplarlo. Las revoluciones pacíficas en Europa oriental y el fin del conflicto Este-Oeste no sólo hacen posible volver a escribir la historia del socialismo real y someter el «corto siglo XX» a una evaluación política, también nos permiten volver a pasar revista a todos aquellos conflictos internacionales surgidos a la sombra del conflicto Este-Oeste y que fueron instrumentados a través de éste. Entre ellos se cuenta especialmente el segundo gran tema de las relaciones internacionales, objeto de gran atención sobre todo en los años 70: el conflicto Norte-Sur y la forma de expresarse sobre un Tercer Mundo que junto al primero (occidental) y al segundo (oriental) reclamaba un lugar en la escena internacional, y como actor colectivo buscaba hacer prevalecer intereses comunes, bien fueran pretendidos o de hecho. Desde hace unos diez años, la propiedad del concepto 'Tercer Mundo' ha sido cada vez más cuestionada por innumerables autores, pero sólo años 1989-1991, con sus consecuencias todavía no del todo previsibles, han puesto en claro la verdadera carga explosiva de ese cuestionamiento (Ayoob 1989).

La nueva ronda de debate

Sea como fuere, estos años dieron lugar a una nueva ronda de debate, en parte sobrellevada con tanto énfasis y animosidad que hay que preguntarse si no se trata de algo más que una simple discusión en torno a palabras o mucho más que una contienda de paradigmas; de algo que más bien toca profundas regiones de la forma como los contendientes se comprenden a sí mismos políticamente. Como en el debate sobre la guerra del Golfo (Golfkrieg 1991), se trata de si ahora también hay que abandonar el antimperialismo como último bastión de una posición ortodoxa de izquierda. En Alemania Federal esa nueva ronda (cf., entre otros, Matthies 1992) fue suscitada, no en último lugar, por mi ensayo «El final del Tercer Mundo y el fracaso de la gran teoría»¹, el cual a decir verdad sólo pretendía ser una revisión autocrítica y socio-científica de la propia disciplina; pero, animado por las reacciones algo vehementes² que originó, he tendido a replantear con espíritu reflexivo la antigua contienda paradigmática sobre la causalidad externa y/o interna de las cuestiones del desarrollo y el subdesarrollo³, y a formular más incisivamente las conclusiones que pueden sacarse con relación a las políticas de desarrollo.

Los debates obligan a claras definiciones de posición, que conducen a que no sean las coincidencias, sino las diferentes evaluaciones, las que marquen la dinámica de la controversia y su efecto hacia afuera. Debe coincidir con Lothar Brock (1992; 1993), quien adopta una posición marcadamente contraria, en que los problemas del desarrollo de este mundo no están de ningún modo solucionados; por el contrario, se han visto en amplias regiones dramatizados durante la última «década del desarrollo». Sin embargo, su concepto del «desconfinamiento del Tercer Mundo» omite que las «tendencias a la sudificación», tal como se observan en las grandes urbes americanas, son el resultado de problemas vinculados con el surgimiento de la sociedad industrial, es decir que son de naturaleza post-industrial, y no pre-industrial. La controversia gira esencialmente en torno a los cuatro puntos siguientes:

¹Menzel 1991. En una versión corregida conforma el capítulo inicial de Menzel 1992, donde se encuentra la bibliografía correspondiente. Aquí se señalarán solamente las últimas contribuciones al tema. Sobre las reacciones críticas a mi contribución en la revista Frankfurter Rundschau del 3/6/1991, donde continuó el debate, compárese la literatura indicada *ibíd.*, p. 214; además Kostner 1993 y Kössler 1993.

²En especial en lo que respecta a las consecuencias de políticas de desarrollo. Así, por ejemplo, los por lo demás nada coincidentes Altvater 1991, p. 365; Melber 1991, p. 955; Nuscheler 1992a, p. 173-4, Narr/Vack 1993; von Braunmühl 1993; Neugebauer 1993; Elsenhans 1991, p. 498, el último de los cuales sólo expresó su desdeniosa reacción en un pie de página.

³Nos referimos a los debates Dobb/Sweezy y Brenner/Wallerstein. Compárese al respecto Sweezy et al., 1978; Blasche 1983; además Russet 1983; Schiel 1992. Muy provocador, y además desde una perspectiva africana sobre las causas internas del subdesarrollo, Kabou 1993.

1) ¿Todavía tiene algún sentido las nociones conceptuales tradicionales del «Tercer Mundo» en todas sus implicancias?, ¿los conceptos como «conflicto Norte-Sur» o «no alineación»?

2) ¿Es posible identificar características de subdesarrollo comunes a una gran cantidad de sociedades latinoamericanas, asiáticas y africanas, que pueden atribuirse a causas estructuralmente similares, y por lo tanto pueden esclarecerse mediante teorías de gran alcance? ¿O acaso los problemas lucen tan diferentes de una sociedad a otra que hay que analizar sus causas mucho más específicamente y por lo tanto también en forma mucho más moderada desde el punto de vista teórico?

3) ¿Esas características pueden atribuirse en primer lugar a factores externos, principalmente económicos, o sus causas son más bien internas y por lo tanto deben buscarse en los respectivos sistemas sociopolíticos?

4) ¿Existen posibilidades globales de solución que continúen la tradición del Informe Pearson, el Nuevo Orden Económico Mundial, el Informe Brandt y el Informe Nyerere de la Comisión del Sur, o acaso las experiencias prácticas de 40 años de cooperación para el desarrollo no obligan a una reconsideración, que le conceda al aspecto de la ayuda (en el sentido de ayuda social y para catástrofes) la primacía sobre ambiciosos conceptos de estrategias de desarrollo?

En las discusiones recientes se da prioridad a los puntos 1 (los conceptos) y 4 (las consecuencias prácticas). Esta circunstancia muestra de cualquier modo que la elección de conceptos no es en absoluto tan irrelevante y, siguiendo el razonamiento hasta el fin, que puede tener implicaciones de gran alcance⁴.

⁴Además de Lothar Brock, también Reinhard Kössler/Henning Melber (1993) y Dieter Nohlen/Franz Nuscheler, entre otros, se aferran explícitamente al concepto de Tercer Mundo. Sin embargo, se vieron de todos modos obligados a legitimarlo explícitamente en la tercera edición del Handbuch Dritte Welt cuando escriben «A falta de una alternativa mejor, el concepto de Tercer Mundo, que tiene la ventaja de ser aceptado también por los países del Sur, sigue siendo un concepto útil y utilizable con limitaciones, pero sólo bajo la condición de que sirva como un concepto colectivo para los países reunidos en el Grupo de los 77», con lo cual no están tan lejos de mi propia posición (Nohlen/Nuscheler 1992, p. 30) Notoria e implícitamente se aferran también al concepto los editores del Jahrbuch Dritte Welt y de la revista Peripherie, así como las redacciones, en el área de la solidaridad, de revistas como Blätter des IZ3W o Entwicklungspolitische Korrespondenz. En el caso de las dos últimas, una necesidad mayor de culpa y expiación podría tener un papel no despreciable como legitimación de fondo de la labor de solidaridad, compárese en este contexto la polémica contribución de Kohlhammer (1992), en la cual se cuestiona sobre todo la tesis de la explotación En las últimas discusiones, Andreas Boeckh escribe incluso que uno puede suponer que «el Tercer Mundo no sólo dejó de existir, probablemente nunca existió, en el sentido en que pudieran habersele atribuido características estructurales comunes, condiciones (previas) de desarrollo y una dinámica similar de desarrollo» (Boeckh ne 1992, p. 111); Bary Buzan constata que «es un lugar común observar que el término Tercer Mundo ha perdido casi todo su contenido» (Buzan 1991, p. 432) John Ravenhill - «el concepto de 'Tercer Mundo' es de una irrelevancia creciente en una econo-

Sobre el concepto

La génesis del concepto de Tercer Mundo no ha sido del todo dilucidada (comp. Nohlen/Nuscheler 1992, p. 17 y ss.; Worsley 1984; Wolf-Phillips 1987). Lo único que está claro es que el concepto es de origen francés y que Franz Fanon (1961) lo usó ya con mucha naturalidad. Con el andar del tiempo la comprensión inicial, puramente política y emancipatoria, del «Tercer Mundo» como el «Tercer Estado» en el sistema internacional ha llegado a conocer connotaciones variadas, y desde los años 70 se ha movido más bien en la dirección de atraso, subdesarrollo, de un modo u otro «tercera clase».

Referido a un grupo de naciones, este concepto se utilizaba en los años 50 para aludir a los países que en la Conferencia de Bandung (Indonesia, 1955), en vista de un conflicto Este-Oeste en escalada, reclamaron una posición independiente de los dos bloques de poder, y deben ser considerados como precursores del movimiento de los no alineados. El hecho de que China, participante destacado de la Conferencia, todavía formara parte del «campo socialista», no parecía perturbar mucho en esa época⁵. Expresa y claramente, según su propia interpretación, América Latina no pertenecía para ese entonces al Tercer Mundo; basándose en su cuño europeo y en su independencia de larga data se entendía muy comprensiblemente como parte de Occidente, al cual estaba unida además contractualmente a través del pacto de Río de 1947. El Movimiento de los No Alineados se creó en la Conferencia de Belgrado, teniendo roles determinantes países como Yugoslavia (Tito), India (Nehru) y Egipto (Nasser). La «no alineación» fue definida en términos de una política orientada a la independencia frente a los bloques de poder del Este y el Oeste y a la coexistencia pacífica; en términos de una «no participación» en alianzas militares que se derivaran del antagonismo Este-Oeste; y en términos de un apoyo a los movimientos de independencia nacional, pues para ese momento faltaba bastante

mía global cada vez más diferenciada» - (Ravenhill 1990, p. 731); Richard E. Bissel, cuando señala que la muerte del concepto acaeció ya antes del fin del conflicto Este-Oeste «el Tercer Mundo se desintegró como movimiento político; pero estaba ya en su lecho de muerte mucho antes de la liberalización de Europa del Este» (Bissel 1990, p. 23); y M. Wastlake (1991), por ejemplo, han abandonado el concepto, incluyendo sus consecuencias teóricas (y en parte también las consecuencias prácticas para el desarrollo). El cambio paradigmático más radical, en relación con las consecuencias, proviene de Reimer Gronemeyer/Claus Leggewie. Su polémica contribución tiene su punto culminante en el párrafo «Todos lamentan de nuevo la carga del hombre blanco Pero lamentarse no sirve de nada estamos condenados a dominar» (Gronemeyer/Leggewie 1992, p. lernen: Akzeptanz von Dominanz» [Lección de la guerra: aceptar el predominio] (Hondrich 1992). Estos, con su tesis sobre la inevitable preponderancia de Occidente activan una reedición del «white man's burden» de finales del siglo XIX. Lo que resulta aquí una provocación no es la constatación en sí - que en muchos sentidos es indiscutible - sino la positiva aceptación del estado de cosas.

⁵Se orientaban, sin embargo, en primer lugar por «Theorie der zwei Lager» (teoría de los dos campos) de Shdanows. Compárese al respecto Menzel 1983.

para que se diera por terminado el proceso de descolonización. Sin embargo, esos criterios se aplicaron finalmente en forma muy elástica. Básicamente se consideraba como no alineado a cualquier país que fuera admitido en el movimiento, aunque quisiera mantener relaciones estrechas con uno de los bloques de poder. Con el correr del tiempo los objetivos se desviaron por debajo de la cuerda, a saber, de la independencia frente a los bloques de poder y el apoyo a la descolonización, a la organización política en el conflicto Norte-Sur.

Con la fundación de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (CNUCYD) en 1964 el concepto recibió un nuevo impulso y también un significado de política de desarrollo. Al cambiar las proporciones de mayorías en las Naciones Unidas con el ingreso de nuevos miembros, la CNUCYD se convirtió (en los 70) en el vocero de las demandas de un nuevo orden económico mundial, que era visto como una especie de *deus ex machina* para la solución de los problemas del desarrollo y subdesarrollo. De este modo, tuvo lugar un desplazamiento decisivo del significado. Con la inspiración del debate sobre los términos de intercambio, la teoría de la dependencia latinoamericana y el éxito temporal de la OPEP, ya no se diagnosticaron las causas de los problemas como factores internos, de origen ante todo sociocultural, como se hacía en los análisis teóricos de la modernización de los años 50 y 60, sino que se localizaron en las condiciones básicas de la economía mundial, a cuya merced estaban los países del Tercer Mundo en términos del poderío estructural (Galtung 1972). Había que cambiar esas condiciones mediante la presión colectiva, e instalar en su lugar un «nuevo orden económico mundial».

Eso exigía, por otra parte, y aquí está el quid de la cuestión, pasar por alto toda la heterogeneidad histórica, política, económica y cultural de los países involucrados y suponer que existían idénticas estructuras profundas de subdesarrollo, tal como lo sostenían la teoría de la dependencia, el estructuralismo de izquierda o la teoría del capitalismo periférico (Amin). Fue sobre todo en ese sentido que los analistas y teóricos marxistas de Occidente adoptaron el concepto de Tercer Mundo, y que hasta hoy siguen aferrados a él, infatigablemente. Los problemas de Mali, Argentina, Corea del Sur y Kuwait, para nombrar solamente casos extremadamente diferentes, serían entonces idénticos por principio, o mejor aún estructuralmente idénticos; sus causas residirían única y exclusivamente en los códigos intercambiables del colonialismo, el imperialismo, el mercado mundial, las multinacionales, el FMI y el Banco Mundial, la deuda y, especialmente popular, los precios del café, etc. A esto se sumó el renacimiento de las teorías clásicas del imperialismo y sus modelos de explicación economicistas, y como consecuencia, de nuevo se aceptaron motivos

económicos más que políticos para el compromiso de Occidente, aunque toda la evidencia hablaba en contra. Además, ya en los años 70 el comercio exterior y las inversiones directas se concentraban cada vez más en los miembros de la OCDE y los países umbral (aparte de los países petroleros). Esta manera de ver las cosas recibió un apoyo adicional, más que nada ideológico, a través de los esfuerzos de la Unión Soviética y los países de su área de influencia, o bien de partidos políticos dentro y fuera del Tercer Mundo, por recomendar su vía de la revolución y la construcción del socialismo como la respuesta adecuada para solucionar la problemática del desarrollo.

Una variante de orden político apareció con la fórmula del «Tercer Camino». Bajo esa expresión se apuntaba a una estrategia de crecimiento económico más allá del capitalismo y del socialismo, sin que se ofreciera una clara definición de lo que se quería decir con eso. En todo caso, este «Tercer Camino» contenía un fuerte componente estatal, el cual, sobre todo en el área de la agricultura, fue enriquecido con elementos cooperativos. Presuntos «terceros caminos» siguieron en los años 70 países como Argelia y Libia, pero también lo hicieron Tanzania, Perú y diversos países africanos, árabes y asiáticos, que portaban la etiqueta de «socialista» o «democracia popular» en sus denominaciones estatales. El concepto tenía una connotación más bien gremialista, por cuanto sugería una especie de grupo de presión para la consecución de objetivos económicos de nivel mundial que tenían como meta el dirigismo global y la redistribución de recursos de Norte a Sur, tal como se preveía en las negociaciones referentes a un nuevo orden económico mundial.

Desconcierto, más bien, fue lo que produjo - sobre todo entre las izquierdas occidentales simpatizantes - la definición china de los «tres mundos», que en sus rasgos fundamentales fue formulada por primera vez en 1974 (Menzel 1983a) y debe ser entendida en el contexto de la frontal postura china en relación con la Unión Soviética, toda vez que entonces ambos países se reclamaban como modelo para los movimientos independentistas nacionales y para el desarrollo económico y social de los procesos de descolonización. Según la definición china, el Primer Mundo se reducía a las dos superpotencias y el Segundo Mundo a los otros países industrializados del Este y del Oeste. Al Tercer Mundo pertenecían todos los demás países, los cuales - tal era el objetivo - debían someterse al liderazgo ideológico de la República Popular China. En esa época, China se veía a sí misma como punta de lanza de la lucha de clases internacional y se adhería al concepto maoísta (1965) de Lin Piao sobre la lucha de los pueblos del mundo contra las ciudades del mundo (Lin 1968). También hubo aquí bastantes puntos de contacto indirectos con la idea de Fanon del «Tercer Estado», aunque China (como muchos países latinoamericana-

nos) nunca fue miembro del movimiento de países no alineados, se veía a sí misma como potencia mundial, especialmente después de ocupar un puesto fijo en el Consejo de Seguridad de la ONU, y mantuvo relaciones conflictivas con representantes prominentes del movimiento de los no alineados, como la India y Cuba, porque esos países mantenían estrechas relaciones con la Unión Soviética.

Todos estos conceptos y definiciones se fueron diluyendo durante los 80, y con los cataclismos de 1989-1991 perdieron por completo su significado. De esto hay que responsabilizar en la misma medida a los procesos reales de diferenciación dentro de los países del Sur, los cuales, por su parte, poseen inevitables consecuencias teóricas y estratégicas para el desarrollo, tales como las derivaciones políticas del final del conflicto Este-Oeste para la dimensión Norte-Sur del sistema internacional (cf. Menzel 1983a).⁶

Diferenciación del Tercer Mundo y sudización del Segundo

Paradójicamente, lo que abrió la primera brecha en la percepción de un Tercer Mundo homogéneo fue un episodio que en realidad dio ocasión para demostrar el poder de imposición de las demandas del Sur. Nos referimos a la política, por momentos muy exitosa, de la OPEP, que condujo de hecho a una considerable transferencia de ingresos del Norte a una parte del Sur. De allí surgió la esperanza de que algo similar pudiera lograrse con otras materias primas y de que esos ingresos pudieran usarse para una cooperación horizontal Sur-Sur. Lo que ocurrió en realidad fue que se hizo patente por primera vez una clara división de los intereses dentro del Tercer Mundo, pues el alza de los precios del petróleo golpeó mucho más a los países importadores del Sur que a los industrializados, toda vez que aquellos tenían escasas posibilidades de compensación. Pero la misma OPEP se reveló muy rápidamente como un bloque poco homogéneo, pues existía cuando menos la bifurcación en países «palomas» dispuestos más bien a la cooperación, como Arabia Saudita y Kuwait, y los «halcones», como Libia y más tarde Irán o Irak, que realmente querían instituir el uso de los ingresos petroleros como un arma. Desde el punto de vista de las estrategias de desarrollo, la OPEP era de todos modos interesante considerando que algunos países no deseaban darse por satisfechos con el mero aumento de las rentas, que luego se encauzaban nuevamente a los países industrializados como colocaciones de capital, sino que emprendían ambiciosos proyectos de industrialización. Argelia, en particular, alcanzó una significación paradigmática a este respecto.

⁶Este artículo es el precursor de Menzel 1991.

En lo que se refiere a las consecuencias teóricas para el desarrollo, lo más sobresaliente fue la introducción de los llamados países umbral, cuyos inicios de industrialización se remontan en realidad a los 60, pero que sólo entraron correctamente en el campo de atención de la discusión académica a comienzos de los 80. De manera particular, los modelos de crecimiento en base a las exportaciones en Asia Oriental y Sudoriental no podían conciliarse más con el paradigma de las teorías de la dependencia, y pese a acérrimas resistencias impuso un cambio de paradigma en el espectro izquierdista de la discusión. Esto ocurría - otra paradoja - cuando los países umbral latinoamericanos, en verdad ejemplos clásicos de las estrategias de sustitución de importaciones de los años 50 y 60, habían entrado ya en crisis. Pero el intento de caracterizar naciones como Corea del Sur o Taiwan en tanto casos especiales y explicables, y salvar así el paradigma de la teoría de la dependencia, también fracasó; en primer lugar porque también en la periferia europea apareció un desarrollo recuperativo exitoso (ante todo España), y en segundo lugar porque, entretanto, en Asia Sudoriental ha subido a la palestra una segunda generación de países umbral (Malasia, Tailandia), todos los cuales dan señales de que también «lo lograrán». Además, todo esto es válido no sólo para los indicadores económicos tradicionales, sino también para indicadores sociales tales como el grado de alfabetización, expectativa de vida promedio, etc. También Mauritania, con su fuerte inmigración asiática, pertenece a este grupo, para no decir nada de los «casos especiales» de Israel y Sudáfrica, mientras que países como Mozambique o Tanzania, que en los años 70 eran considerados modelos de una vía independiente de desarrollo y recibían atención especial por parte de la ayuda eclesiástica para el desarrollo (Tanzania), encabezan hoy en día el escalafón de la pobreza del Banco Mundial, en un triste primero y segundo lugar respectivamente⁷.

Es así como en la actualidad, el Tercer Mundo tradicional se disocia cada vez más en países que tratan la problemática del desarrollo exitosamente, y en otras naciones donde ello se logra sólo parcialmente.

Entonces la pregunta decisiva a nivel teórico es la siguiente: ¿cuántas excepciones tolera una teoría antes de ser considerada como probadamente falsa? Además también están los casos de la República Popular China y la India, países que se destacaron en los años 80 por su elevado crecimiento continuo⁸, cuando ambos están también muy lejos de alcanzar el grado de homogeneización de los países umbral

⁷Comp. World Development Report 1992, p. 218. El caso de Tanzania es casi una paradoja, ya que se trata del país que ha recibido la mayor cantidad de ayuda para el desarrollo por habitante a nivel mundial, con considerable ventaja sobre los demás.

⁸China 5,8% y la India 7,7% anual en el período de 1980-1989 (World Development Report 1991), p. 204.

asiáticos. Considerando que ambos países abarcan juntos casi el 50% de la población mundial, es materialmente imposible despacharlos como «casos especiales». En el caso de China, tiene mucho que ver que su región costera meridional, desde Shangai hasta Guangzhou, evolucionara hacia una super provincia umbral, que pudo obtener en los últimos años elevados excedentes comerciales mediante la exportación de manufacturas.

Pero «el resto» tampoco constituye de ninguna manera un grupo homogéneo. Si observamos América Latina, en el sur existen países con empobrecimiento relativo, como Argentina, Uruguay o Chile, que todavía a principios de este siglo se contaban entre los de mayor bienestar en el mundo. Por otro lado está el gran grupo de los 40-60 países con empobrecimiento absoluto, en donde se ha reducido el producto per cápita en los últimos 10-15 años, y donde las condiciones de vida para el grueso de la población son ahora presumiblemente peores que en la época de la descolonización. Pero incluso la acostumbrada división geográfica del mundo resulta demasiado tosca. En el Africa subsahariana la situación en el Sahel y en Africa oriental es considerablemente más dramática que en algunos países de Africa occidental. En Asia la región problemática se encuentra en la parte sur y central pero de ninguna manera en Asia oriental o sudoriental; en América Latina el problema está más bien en la región andina antes que en la parte Sur o el Caribe, excepción hecha del caso extremo de miseria que es Haití.

Por otra parte, y esto no debe callarse de ninguna manera, en los últimos dos o tres años se puso en evidencia que los países del socialismo real se incluyeron con demasiada premura entre las naciones industrializadas. Eso es válido en la misma medida para la amplia zona del Sur y Este de Europa hasta Asia Central y el Extremo Oriente de la antigua Unión Soviética, pasando por el Cáucaso; si el proceso de derrumbe en el antiguo bloque oriental no se detiene, es válido para toda la región situada al Este de la línea del Oder-Neisse. La migración masiva de la pobreza ya está enviando una señal muy clara. Básicamente la frontera del problema concuerda con bastante exactitud con los antiguos límites entre los Imperios de Oriente y Occidente, la zona de captación de las iglesias católica-romana y ortodoxa, o bien las fronteras posteriores entre los imperios de Habsburgo y Otomano, que como es sabido cruzaban transversalmente Yugoslavia y Ucrania.

Es así como en la actualidad somos testigos de una situación en la cual el Tercer Mundo tradicional se disocia cada vez más en países que tratan la problemática del desarrollo exitosamente, es decir, también con amplia eficacia; en otras naciones donde ello se logra sólo parcialmente, y donde por lo tanto el concepto de hetero-

geneidad estructural tiene amplio sentido; otros países están estancados o se alimentan del antiguo bienestar; y finalmente hay algunos que a ojos vista se dirigen inevitablemente al gran desastre, como es el caso de una parte considerable del África subsahariana (Riedl 1992). Por otra parte, en un lapso muy corto el antagonismo Este-Oeste se ha transformado en un desnivel Norte-Sur (sobre todo dentro de Europa) y con ello se han multiplicado las regiones críticas de la geografía mundial, toda vez que la miseria económica se aparea con conflictos étnico-nacionalistas reprimidos durante muchos años, y cuya entera dimensión se destaca cada vez con mayor dramatismo en vista de las potenciales disputas en el área de los países de la CEI.

Aquí se encuentran las causas de que los fundamentos de todos los proyectos teórico-desarrollistas con aspiración mundial se hayan tambaleado en los últimos diez años, y las razones para que la disciplina se haya dedicado sobre todo a los síntomas de la crisis propia y no hubiese permitido el surgimiento de nuevos proyectos importantes. Están también desafiadas las estrategias derivadas de las grandes teorías. La discusión internacional de los años 70, con sus demandas globales de un nuevo orden económico mundial, el cual habría de lograrse a través de los esfuerzos mancomunados de los países del Sur, se basaba en el axioma de que los problemas pueden ser atribuidos a factores idénticos, de causa más bien externa. Por lo tanto, sólo la modificación radical de las condiciones externas básicas podía introducir un cambio fundamental. Pero si ahora se pone de manifiesto que existe una diferenciación sin que las condiciones básicas globales hayan cambiado radicalmente, toda la lógica del conflicto Norte-Sur se tambalea. Diferenciación significa, a saber, que no existen ningunas estructuras profundas idénticas como resultado de bloqueos externos y transferencias de recursos simultáneas a los países industrializados. Cuando algunos países logran manejar exitosamente la problemática del desarrollo en base a sus propios esfuerzos, no sólo abandonan el frente de las demandas de un dirigismo global, y con ello debilitan el Grupo de los 77, sino que también ponen en tela de juicio todo el paradigma. Al probar estos países la falsedad de la pretensión de explicación global de la teoría de la dependencia, el pensamiento de los años 70 pierde su fundamentación axiomática. Con esto también se priva a la organización casi gremial del Sur - en términos de un grupo de presión - del fundamento teórico del desarrollo.

El dilema se agudiza aún más por cuanto con la caída del socialismo real y el fin del conflicto Este-Oeste, también se han vuelto obsoletos los significados políticos y de orden político del concepto de «Tercer Mundo». Si ya no existen los bloques, el Movimiento de los No Alineados ya no tiene sentido. Si el socialismo como opción

de orden político ya no existe más y, por el contrario, no sólo ha suministrado la prueba de su fracaso sino, peor aún, ha conducido en algunos países a las catástrofes más graves absolutamente desde todo punto de vista, entonces la idea de un «tercer camino» entre el socialismo y el capitalismo ya no inaugura sentido alguno. El fracaso real del citado «tercer camino» se había manifestado en realidad desde hace tiempo; ahora, bajo la presión del conocimiento de las razones por las cuales el socialismo real fue un camino errado, también se archivaron para el futuro previsible las opciones socialistas de hechura soviética y china destinadas al Tercer Mundo. Hay que añadir el agravante de que también dejó de ser factible el apoyo ideológico, financiero o cuando menos militar que la antigua Unión Soviética y sus vasallos ofrecían a los no alineados o representantes del «tercer camino», lo que ha restringido clara mente su campo de maniobra y con ello también la capacidad para poner en la agenda el conflicto Norte-Sur, frente al capitalista primer mundo.

Con el ocaso de una de las superpotencias, también dejó de tener sentido la variante china de la tripartición del mundo, que siempre fue discutible desde el punto de vista teórico. Puesto que la propia República Popular China se deshizo de sus ideales maoístas de los años 60 y 70, también el modelo chino dejó de ser útil como variante de orden político. Al menos en algunos países asiáticos o africanos había conseguido un terreno muy fructífero y sus jóvenes simpatizantes peruanos, camboyanos o kurdos todavía lo tienen en alta estima.

Resumiendo: todas las connotaciones concebibles del concepto «Tercer Mundo», así como las organizaciones políticas, ideas de orden político, paradigmas de teorías del desarrollo y conceptos de estrategias de desarrollo que de allí se derivaron, perdieron su base de sustentación. La consecuencia es que la fórmula «fin del Tercer Mundo» muy bien puede utilizarse en el sentido de «derrumbe del Tercer Mundo». Este derrumbe se expresa no sólo en la pérdida de sentido y la disolución de las organizaciones globales y de los conceptos globales de solución, sino también, y aquí reside el verdadero problema, en la crisis generalizada de amplias regiones del Sur.

Mientras el mundo de los países OCDE se extiende de facto por algunos países umbral, y los países productores de petróleo, conjuntamente con otros pocos que disponen de materias primas estratégicas, pueden seguir disfrutando de la «atención» de los países industrializados, una parte considerable del mundo se desacopla forzosamente. Esto se aplica a 40 ó 50 países, aproximadamente, con énfasis en el Africa subsahariana, Asia meridional y central y la región andina de Latinoamérica. Estos países son demasiado pobres para resultar interesantes como mercados,

no tienen ninguna materia prima importante para interesar como proveedores, y después de la cesación del conflicto Este-Oeste tampoco despiertan ya interés desde el punto de vista político o estratégico. El cúmulo de malas noticias de los últimos años referentes a hambrunas, epidemias y catástrofes naturales difíciles de superar son síntomas claros de la agudización de la crisis y de la disminuida capacidad de las autoridades locales para poner fin a esa crisis (Informe del Desarrollo Mundial 1990, Tendencias Globales 1991). A esto hay que añadir el número creciente de guerras civiles, la disolución de las fronteras, la decadencia del orden estatal e incluso la disolución del monopolio de poder estatal, a cuyo respecto hay que mencionar los casos más graves de un atavismo que se creía superado hace tiempo, en el Cuerno de Africa, en partes de Africa Occidental y Oriental, en el Cáucaso, en Asia Central y en la antigua Yugoslavia. No sólo estamos viviendo la última gran ola de la descolonización, refiriéndonos a la disolución del imperio zarista-estalinista, sino también la disolución de las fronteras post-coloniales africanas, por tanto tiempo consideradas sacrosantas⁹. De esta manera también está pre-programada la desintegración de la Organización para la Unidad Africana.

El debilitamiento de la capacidad negociadora del Sur

El significado del concepto «derrumbe del Tercer Mundo» no se relaciona únicamente con el desmoronamiento del orden estatal - hacia adentro y hacia afuera - que se puede observar en muchos lugares, se relaciona en idéntica medida con las posibilidades colectivas de imposición de las demandas del Sur (Grubbe 1991), según éstas, fueron expuestas todavía, si bien en forma menos superlativa que en los años 70, en el informe de la Comisión del Sur (Challenge of the South 1990). Para evitar cualquier malentendido, no debe interpretarse las recomendaciones de ese documento como absurdas o injustas. De lo que se trata es de si existen posibilidades realistas de imponer las demandas.

Todas las connotaciones concebibles del concepto Tercer Mundo, así como las organizaciones políticas, ideas de orden político, paradigmas de teorías del desarrollo y conceptos de estrategias de desarrollo, perdieron su base de sustentación.

Sin embargo, es un hecho que desde la Cumbre de Cancún en 1981, que marcó el comienzo de una nueva época en el así llamado diálogo Norte-Sur, la posición negociadora del Sur se ha vuelto cada vez más débil. Pasemos revista rápidamente a los hechos principales. El petróleo ha demostrado ser una arma muy roma. Su em-

⁹ Un ejemplo es Somalia, donde con la separación del Norte se ha restablecido la vieja frontera entre la antigua Somalia británica y la italiana.

pleo por razones políticas más bien condujo finalmente a que «las palomas» de la OPEP dependieran de la intervención militar de Occidente contra «los halcones» (particularmente Irak). El arma de la nacionalización o la estatización de las inversiones directas de consorcios multinacionales no fue menos obtusa. También aquí se observa el efecto contrario. Hoy en día muchos países estarían felices si regresaran las multinacionales para contrarrestar la decadencia de las minas, plantaciones y líneas ferroviarias que ahora ellos administran, para que regrese la antigua eficiencia y para que vuelvan a fluir los ingresos al fisco. Sólo que, y esto vale sobre todo para el Africa negra, las multinacionales no tienen ningún deseo de regresar; el continente entero se destaca más bien por la liquidación de las inversiones que por su aumento. Expresado de otra manera: los peores problemas están en aquellos países en los cuales hay menos capitalismo. No por casualidad los países más pobres de Africa pertenecen en su mayoría a los que todavía años atrás reivindicaban la denominación de «socialista» o de «democracia popular».

Ni fue posible transferir el ejemplo de la OPEP a otras materias primas, ni han podido cumplirse las demandas de un nuevo orden económico mundial, de un nuevo orden de comunicación internacional, de una nueva legislación de los mares, o siquiera el concepto de una autosuficiencia colectiva en el sentido de una cooperación Sur-Sur.

La crisis de la deuda, por último, y el desvanecimiento de la esperanza de abordar ese problema de una manera conjunta, han acelerado todavía más la particularización del Tercer Mundo. Es cierto que la extensa utilización del crédito en años pasados ha conducido ahora a una transferencia neta masiva al Norte, una situación enteramente paradójica, para no decir; perversa. Pero hay que preguntarse de todos modos, cómo es que se llegó a esta situación. La causa no reside solamente en los intereses impuestos por los bancos occidentales, en la política del déficit del gobierno estadounidense y el déficit de la balanza norteamericana de bienes y servicios, que en los años 80 inflaron el nivel de los intereses, o en la caída de los ingresos por materias primas. Tomar créditos no es en sí nada denigrante, muchos países industrializados del presente fueron por mucho tiempo importadores de capital neto. Por ende, también hay que estimar cuánto débito hay que acreditar a la cuenta de la fuga de capital, la corrupción, las inversiones en obras de prestigio y compra de armamento, simple y llanamente a la ineficacia en el uso productivo de los créditos, sobre todo cuando hay también ejemplos contrarios como Taiwan o Corea del Sur, cuya industrialización recuperativa fue financiada en buena parte con importaciones de capital.

La posición negociadora del Sur se debilitó aún más con los acontecimientos políticos mundiales de los últimos años. La cesación del conflicto Este-Oeste dejó huérfano el motivo central de la ayuda para el desarrollo otorgada por Occidente, a saber, evitar que los países derivaran hacia el campo socialista. Ahora ya no es preciso apoyar a cualquier precio regímenes dictatoriales y/o corruptos de la especie de Mobutu, Duvalier, Marcos, Bokassa, Pinochet, etc. En ese sentido tampoco es ninguna casualidad que la discusión sobre la condicionalidad política (Waller 1991) destinada a vincular la adjudicación de ayuda para el desarrollo con la observancia de los derechos humanos no sólo haya surgido ahora, sino que también haya encontrado un terreno fértil entre los políticos desarrollistas. La consecuencia será que algunos «presidentes vitalicios» y regímenes unipartidistas no podrán a la larga mantener esa posición.

Por otro lado, la cesación de la ayuda ideológica y militar a través del Segundo Mundo condujo también a una reacción en cadena en la parte exsocialista del Tercer Mundo: Mozambique, Angola, Etiopía, Afganistán, Camboya, Albania. Los días de Vietnam, Cuba y Corea del Norte también podrían estar contados, si es que no se opta allí finalmente por la solución china, es decir, la utilización de los tanques contra la propia población, mientras la propia China, al parecer, y pese a todas las dislocaciones ideológicas, se mueve poco más o menos que incesantemente en dirección al capitalismo. Desde un punto de vista realista, lo que queda para muchos países del Sur es la necesidad imperiosa de la cooperación en lugar de la confrontación; es, tristemente, en las regiones miserables de este mundo, el único papel del suplicante.

Es cierto que existen también tendencias que fortalecen la posición negociadora del Tercer Mundo. Pero en este caso se trata únicamente de un «poder del caos». Nos referimos a los nuevos Estados armados, sobre todo cuando disponen de un componente nuclear, a la exportación de drogas, el patrocinio del terrorismo o el desalojamiento calculado de las minorías nacionales. Esos ejemplos, además, son presumiblemente poco apropiados para otorgarle nuevos impulsos al movimiento de solidaridad en Occidente, ya que al parecer éste no puede sobrevivir sin el mito de la guerrilla (cf. Riegel 1989).

Los efectos en la cooperación para el desarrollo

Así pues, para la parte del mundo más pobre y más permanentemente amenazada por catástrofes, el nombre de la alternativa de cooperación para el desarrollo ya no es precisamente Brandt (Comisión Norte-Sur 1981), sino Myrdal (1981). Por las ra-

zones antes mencionadas, una continuación de las ideas indudablemente agradables de estrategias de desarrollo en las regiones en crisis de este mundo, tal como se presentaran en los informes correspondientes desde Pearson hasta la Comisión Sur, pasando por Brandt (orientación a las necesidades básicas, dirigismo global y acrecentada transferencia de recursos al Sur), no es nada realista, y por cierto no solamente porque en oposición al Norte son todavía menos viables en el futuro previsible que en los años 70, sino también porque en muchos países del Sur no están dadas (o desaparecieron) las condiciones políticas elementales para su transformación.

Una continuación de las ideas indudablemente agradables de estrategias de desarrollo, tal como se presentaran en los informes, no es nada realista.

Los conceptos neoliberales de la escuela de Chicago tampoco ofrecen ninguna alternativa, ya que en muchos países no se puede hablar de ningún modo de economía de mercado, en el sentido de un sistema de orden político dominante; muchas veces no se trata de sociedades capitalistas, sino de economías de renta. Las clases estatales que ocupan el poder en todas partes no siguen una lógica del beneficio, sino que buscan única y exclusivamente elevar sus rentas al máximo (Czichowski 1990; Ashoff 1988). Además, tales países son demasiado pobres como para que se pueda movilizar recursos para una acumulación inicial. Cuando ya se devoró el patrimonio nacional, simple y llanamente se llegó al fin.

Por lo tanto, de momento lo indicado es seguir la proposición de Myrdal de suspender la precedente «ayuda para el desarrollo» estatal y transferir la cooperación para el desarrollo a la ayuda para catástrofes; en resumen seguir una política social global cuya legitimación humanista se derive de una comprensión universalista de los derechos humanos, codificados en la Carta de las Naciones Unidas de 1945 y en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, y suscritos por todos los países miembros, incluyendo los regímenes despóticos del Sur¹⁰. En caso necesario, hay que imponerlos también a pesar de las élites corruptas y despreciativas del ser humano. El trago amargo que la izquierda ortodoxa sólo está dispuesta a tragarse de mala gana consiste en que en caso de duda el principio de soberanía sólo puede tener la segunda prioridad frente a la preservación de los derechos humanos; las intervenciones foráneas por razones humanitarias en casos de descalabro de los derechos humanos, sobre todo cuando esos casos están acompañados

¹⁰Comp. al respecto el Art. 55, Sección c de la Carta de 1945, así como la Declaración universal de los Derechos Humanos de 1948.

de la desintegración del orden estatal y la disolución del monopolio de poder estatal, no sólo son legítimas, sino incluso necesarias¹¹.

Habría que considerar si los artículos 75-85 de la Carta de las Naciones Unidas, que se ocupan del «Sistema Fiduciario Internacional», no deberían ser ampliados en lo que respecta a sus objetivos, para que la validez de esos párrafos se extienda también a las notorias regiones de desastres de este mundo. Conforme a ello se crearían Consejos Fiduciarios (Art. 86-91 de la Carta de la ONU), que coordinen y organicen la ayuda en aquellas regiones o países, en donde se ha demostrado que las autoridades locales no están ya en condiciones de solucionar los problemas apelando a sus propios recursos (cf. también Schwarzafrika).

Traducción: Nora López

*Nota: Una primera versión de este artículo apareció en el *Österreichische Zeitschrift für Politikwissenschaft* 22/2/1993, pp. 195-206. El título original del presente trabajo es «Naeh dem Scheitern der grossen Theorien. Zum Stand der entwicklungspolitischen Diskussion».

Bibliografía

- Altvater, Elmar (1991): «Universalismus, Unipolarität, Polarisierung. Widersprüchliche Strukturprinzipien einer 'neuen Weltordnung'» en *Prokla* 21/3, p. 345-367.
- Ashoff, Guido (1988): «Rent-Seeking: Zur Relevanz eines relativ neuen Konzepts in der ökonomischen Theorie der Politik und der entwicklungstheoretischen Diskussion» en *Vierteljahrsberichte* N° 112, pp. 103-125.
- Ayoob, Mohammed (1989): «The Third World in the System of States: Acute Schizophrenia or Growing Pains?» en *International Studies Quarterly* 33/1, pp. 67-79.
- Bissel, Richard E. (1990): «Who killed the Third World?» en *The Washington Quarterly* 13/4, pp. 23-32.
- Blashke, Jochen (ed.) (1983): *Perspektiven des Weltsystems. Materialien zu Immanuel Wallerstein, «Das moderne Weltsystem»*, Frankfurt.
- Boeckh, Andreas (1992): «Entwicklungstheorien: Eine Rückschau» en Dieter Nohlen/Franz Nuscheler (eds.): *Handbuch der Dritte Welt*, Tomo 1, Bonn, 3a. edición pp. 110-30.
- Braunmühl, Claudia von (1993): «Von Braunschweig nach Bekt Huen oder eine zeitgeistig erstaunlich passende Wortmeldung» en *links* N° 11, pp. 20-2.
- Brock, Lothar (1992): «Die Dritte Welt im internationalen System» en Nohlen/Nuscheler, pp. 446-66.

¹¹Comp. al respecto, en la misma tónica, a Nuscheler 1992a, Senghaas 1992, Tetzlaff 1992 y la panorámica de la literatura respectiva en Heinz 1993.

- Brock, Lothar (1993): «Auflösung oder Ausbreitung? Die Dritte Welt in ihrem fünften Jahrzehnt» en Klaus Dieter Wolf (ed.): *Ordnung zwischen Gewaltproduktion und Friedensstiftung*, Baden-Baden, pp. 49-70.
- Buzan, Bary (1991): «New Patterns of Global Security in the Twenty-first Century» en *International Affairs* 67/3, pp. 431-51.
- Comisión Sur: *The Challenge of the South. The Report of the South Commission*, 1990, Oxford.
- Czichowski, Frank(1990): «Rent-Seeking, Stagnation und Unterentwicklung. Der Beitrag der neuen politischen Ökonomie zur Theorie der Entwicklung und Unterentwicklung» en *Konjunkturpolitik* N° 36, pp. 169-92.
- Elsenhans, Hartmut (1991): «Strategien aus der Entwicklungskrise» en *Zeitschrift für Kulturaustausch* 41/4, pp. 483-99.
- Fanon Franz (1966): *Die Verdammten dieser Erde*, Francfort.
- Galtung, Johan (1972): «Eine strukturelle Theorie des imperialismus» en Dieter Senghaas (ed.): *Imperialismus und strukturelle Gewalt*, Francfort, pp. 29-104.
- Stiftung Entwicklung und Frieden: *Globale Trends 1991*, Bonn.
- Zeitschrift für Dialog*: «Der Golfkrieg, Israel und die deutsche Friedensbewegung. Dokumentation einer Kontroverse» 11/1991, 2a. edición.
- Gronemeyer, Reimer/Claus Leggewie: «Rituale europäischer Selbstkasteiung» en *Blätter für deutsche und internationale Politik* N° 1, pp. 78-85.
- Grubbe, Peter (1991): *Der Untergang der Dritten Welt. Der Krieg zwischen Nord und Süd hat begonnen*, Hamburgo.
- Heinz, Wolfgang S. (1993): «Humanitäre Intervention in der aktuellen Literatur» en *epd Entwicklungspolitik* 3, pp. 81-4.
- Hondrich Karl Otto (1992): *Lehrmeister Krieg*, Reinbeck.
- Kabou, Axelle (1993): *Weder arm noch ohnmächtig. Eine Streitschrift gegen schwarze Eliten und weisse Helfer*, Basel. (fran.1991).
- Kössler, Reinhard (1993): «Um Vergangenheit und Zukunft von Entwicklungstheorie» en *Peripherie* N° 50, pp. 80-8.
- Kössler, Reinhard/Henning Melber (1993): *Chancen internationaler Zivilgesellschaft*, Francfort.
- Kohlhammer, Siegfried (1992): «Leben wir auf Kosten der Dritten Welt? Über moralische Erpressung und edle Seelen» en *Merkur* 46, 9/10, pp. 876-98.
- Kostner, Markus (1993): «Entwicklungsökonomik und Entwicklungspolitik zwischen Scylla und Charybdis» en *Journal für Entwicklungspolitik* 9/4, pp. 347-59.
- Lin Biao (1968): «Es lebe der Sieg im Volkskrieg! Zum 20 Jahrestag des Sieges des chinesischen Volkes gegen die japanische Aggression», Peking.
- Matthies,Volker (ed.) (1992): *Kreuzzug oder Dialog. Die Zukunft der Nord-Süd-Beziehungen*, Bonn.

- Melber, Henning (1991): «Krieg, Zivilität und internationalismus» en Blätter für deutsche und internationale Politik N° 8.
- Menzel, Ulrich (1983a): «Drei Welten oder eine? Die Volksrepublik China im Spannungsfeld Ost-West» en DGFK Jahrbuch 1982/83. Zur Lage Europas im globalen Spannungsfeld, Baden-Baden, pp. 355-76.
- (1983b): «Der Differenzierungsprozess in der Dritten Welt und seine Konsequenzen für den Nord-Süd-Konflikt und die Entwicklungstheorie» en Politische Vierteljahresschrift 24/1, pp. 31-59.
- (1991): «Das Ende der Dritten Welt und das Scheitern der grossen Theorie. Zur Soziologie einer Disziplin in auch selbstkritischer Absicht» en Politische Vierteljahresschrift 32/1, pp. 4-33.
- (1992): Das Ende der Dritten Welt und das Scheitern der grossen Theorie, Francfort.
- Myrdal, Gunnar(1981): «Relief Instead of Development Aid» en Intereconomics 16/2, pp. 86-9.
- Narr, Wolf-Dieter/Vack Klaus (1993): «Plädoyer für einen aktiv eingreifenden Pazifismus, Am Beispiel Bosnien (und anderswo)» en links N° 5, pp. I-VIII.
- Neugebauer, Michael (1993): «Nach dem Ost-West-Konflikt: Was wird aus der 'Dritten Welt'? Ein Kommentar zu Ulrich Menzel» en Österreichische Zeitschrift Für Politikwissenschaft 22/4, pp. 487-98.
- Nohlen, Dieter/FranzNuscheler (1992): «Ende der Dritten Welt?» en Nohlen/Nuscheler (eds.), pp. 14-30.
- Nord-Süd-Kommision (1981): Das Überleben sichern. Der Brandt-Report, Francfort.
- Nuscheler, Franz (1992a): «Entwicklungspolitische Bilanz der 80er Jahre - Perspektiven für die 90er Jahre» en Nohlen/Nuscheler (eds.), pp. 156-78.
- Nuscheler, Franz (1992b): «Plädoyer für einen humanitären Interventionismus» en Entwicklung und Zusammenarbeit 33/10, pp. 4-5.
- Ravenhill, John (1990): «The North-South Balance of Power» en international Affairs 66/4, pp. 731-48.
- Riedl, Joachim (1992): «Die afrikanische Tragödie» en Süddeutsche Zeitung Magazin N° 47, pp. 13-24.
- Riegel, Klaus-Georg (1989): «Guerrillamythen in der Dritten Welt» en Geschichte und Gegenwart N° 1, pp. 38-57.
- Russet, Bruce (1993): «International Interactions and Process: The Internal vs External Debate Revisited» en Ada Finifter (ed.): Political Science: the State of the Discipline, Washington, pp. 541-68.
- Schiel, Tilman (1992): «Der Imperialismus als höchstes Stadium des Feudalismus. Fragezeichen zu '500 Jahre Weltmarkt'» en Peripherie 12/46, pp. 71-93.
- «Schwarzafrika zwischen Demokratisierung, Zerfall und Bürgerkrieg. Zur Notwendigkeit eines Aktionsplanes seitens der internationalen Gemeinschaft. Ein Memorandum der 'Initiative Pro-Afrika'» en Frankfurter Rundschau 34, 1993, p. 12.

Senghaas, Dieter (1992): «Weltinnenpolitik. Ansätze für ein Konzept» en Europa-Archiv 47/22, pp. 642-52.

Sweezy, Paul M. et al. (1978): Der Übergang vom Feudalismus zum Kapitalismus, Frankfurt.

Tetzlaff, Rainer (1992): «Erste und Dritte Welt. Zur Legitimität 'politischer Interventionen'» en Sicherheit und Frieden N° 1, pp. 21-5.

Banco Mundial: Informe del Desarrollo Mundial 1990. La Pobreza, Washington D.C.

Waller, Peter (1991): «Muss die Entwicklungshilfe politischer werden? Das Fallbeispiel Afrika» en Zeitschrift für Kulturaustausch 41/4, pp. 469-73.

Westlake, M. (1991): «The Third World Is No Longer a Meaningful Concept» en Marxism Today 8, pp. 14-7.

Wolf-Phillips Leslie (1987): «Why 'Third World': Origin, Definition and Usage» en Third World Quarterly 9/4, pp. 1311-27.

Worsley, Peter (1984): The Three Worlds - Culture and World Development, Chicago.